

BEL AMI, HISTORIA DE UN SEDUCTOR

MARINA MARTÍN BAZ, IES MARQUÉS DE SUANZES

Recibido: julio/ Aceptado: septiembre 2012

Alors il s'étudia comme font les acteurs pour apprendre leurs rôles. Il se sourit, se tendit la main, fit des gestes, exprima des sentiments : l'étonnement, le plaisir, l'approbation; et il chercha les degrés du sourire et les intentions de l'œil...

«Bel-Ami», II, Guy de Maupassant, 1885

Entonces se estudió como hacen los actores para aprender sus papeles. Se sonrió, se tendió la mano, gesticuló, expresó sentimientos: la extrañeza, el placer, la aprobación; y buscó los grados de la sonrisa y la intención de la mirada...

La novela de mayor éxito de Maupassant anunciaba ya en este párrafo del segundo capítulo su brillante recorrido escenográfico –14 adaptaciones entre 1919 y 2012– Su primer aliento es sin embargo más poético que escénico: *Bel-Ami* es el sobrenombre que este espléndido farsante recibe de una niña, como si de un cuento de hadas se tratara, incorporando toda la alegoría del amor cortés del *Roman de la Rose* en el que un personaje se llama *Ami* y otro *Bel-Accueil*.

Pero *Bel-Ami* se transforma pronto en un hombre-máquina, en un producto deshumanizado de la expansión colonial y del poder de la prensa en el París de finales del XIX. La naturaleza tiránica de su deseo de ascender no deja lugar a la moral, de aquí la lectura que se realiza de su *modernidad*. Este personaje poliédrico, distorsionado desde dentro, está magníficamente encarnado por Robert Pattinson (el Edward Cullen de la saga *Crepúsculo*) situándolo en la perspectiva múltiple de los retratos torturados de Francis Bacon. Es así como la última versión cinematográfica de la segunda novela de Maupassant traduce la rabiosa actualidad del ascenso social de un ambicioso seductor, un arribista convertido en Geor-



ges Du Roy de Cantel gracias a la educación sin maestros, con los únicos ejemplos copiados de la realidad, dejándose llevar hacia la puerta abierta de la corrupción. Firmar artículos que no ha escrito, entrar en la casa y en la alcoba del amigo muerto, adueñarse de la mitad de una herencia, seducir a la mujer de su jefe, abandonarla para casarse con su hija tras divorciarse de su esposa arrastrando a un ministro a la dimisión, llevarse las migajas –doradas– de una maquinación político-financiera como en cualquier crónica de *La Vie française...*: una vez superado el instante de duda nada es tan fácil como iniciar el fulgurante ascenso.

Envuelta en la atmósfera de los Manet o Degas, y nadando en la de Toulouse